

**REVISTA CIDOB d'AFERS
INTERNACIONALS 34-35.**
**10 años de España en la Unión
Europea.**

**Líbano y las relaciones sirio-israelíes: un análisis de Líbano como
microcosmos de Oriente Medio.**
Elvira Sánchez Mateos

Líbano y las relaciones sirio-israelíes: un análisis de Líbano como microcosmos de Oriente Medio

*Elvira Sánchez Mateos

El proceso de paz de Oriente Medio iniciado en 1991 con la Conferencia de Madrid ha alcanzado logros importantes, si bien todavía insuficientes y de futuro incierto, en lo que respecta al diálogo jordano-israelí y a la compleja dinámica de relaciones entre la Autoridad Nacional Palestina e Israel. Sin embargo, no se ha llegado a ningún acuerdo, por el momento, en algunos de los temas más espinosos, como son el de la ocupación israelí de los Altos del Golán sirios y el problema de Líbano. El estudio de la política de Oriente Medio muestra que la eventual resolución de esos dos temas está estrechamente vinculada y que es condición indispensable para normalizar las relaciones entre los Estados partícipes del conflicto árabe-palestino-israelí.

Hace ya dos décadas que Siria e Israel mantienen su particular *diálogo* político y militar en Líbano. Este pequeño país, cuya superficie apenas sobrepasa los 10 mil kilómetros cuadrados (un tercio de Cataluña) y con una población de alrededor de tres millones de habitantes, constituye un microcosmos de la realidad de Oriente Medio, pues en él se manifiestan buena parte de los temas clave del conflicto árabe-palestino-israelí. De hecho, las tensiones políticas y sociales de Líbano son producto tanto de las condiciones internas en que se creó ese Estado y su posterior evolución, cuanto de los

*Dra. en Ciencia Política y de la Administración por la Universitat Autònoma de Barcelona.

Profesora de la Fundació CIDOB

condicionantes externos derivados de la inestable dinámica regional, influida a su vez por las rencillas entre los países árabes y el conflicto con Israel. El objetivo de este artículo es el de evidenciar que el *problema* libanés tiene su origen en la situación interna del país y en las tensiones políticas y sociales de los años setenta, pero que se agudizó, traspasó el umbral de la guerra y, finalmente, se estancó parcialmente como consecuencia de la política regional y de las relaciones sirio-israelíes, una dinámica que a su vez determina la resolución futura del conflicto libanés.

GÉNESIS Y DESTRUCCIÓN DEL ESTADO LIBANÉS: LA DINÁMICA INTERNA

El Estado libanés surgió a partir del Pacto Nacional de 1943, acuerdo no escrito entre las diferentes comunidades del país que establecía la distribución de poder entre los principales grupos confesionales en razón de su peso demográfico. El reparto de poder se realizó en base al censo de 1932 que arrojaba los siguientes porcentajes: Por un lado, Cristianos (50,73%), divididos en maronitas (29,11), griegos ortodoxos (9,88), griegos católicos (5,97) y otros (5,77) y , por otro, Musulmanes (49,26 %), repartidos entre sunnís (22,63), shiíes (19,81) y drusos (6,82)¹ . Así, la presidencia del Estado recaía en la comunidad maronita, la jefatura de Gobierno en manos de la sunnί, al menos una cartera ministerial para la drusa y la presidencia del Parlamento para la comunidad shiί. Igualmente se acordó respetar en el Parlamento una proporción 6:5, es decir, seis representantes cristianos por cada cinco musulmanes.

Además, esta estructura quedaba completada por un segundo entramado, paralelo a los órganos estatales y a los partidos políticos: la formada a partir de los líderes sectarios (*zuama*), jefes tradicionales de familia de las distintas comunidades, que proporcionaban protección y seguridad a su clientela política a cambio de obediencia y lealtad.

Este diseño perduró hasta mediados de los años setenta, momento en que se produce la ruptura del statu quo libanés y el inicio de la guerra civil como consecuencia de tres procesos internos que se desarrollan simultáneamente y afectan a varias de las comunidades del país.

En primer lugar, se había producido un cambio demográfico con respecto a la situación de los años treinta. A mediados de la década de los setenta los musulmanes constituían el 62,6% de la población libanesa. El incremento demográfico se generó a partir del notable aumento de la tasa de natalidad shiί. Así, los shiíes representarían el 30,2% del total. Las comunidades cristianas eran sólo un 37,4%, de las que la maro-

nita alcanzaba un 15,5% de la población². Las comunidades musulmanas, protagonistas del cambio demográfico, intentaron instrumentalizar la nueva situación con miras a provocar un cambio en el reparto del poder político que las colocara en una posición preponderante. Para la comunidad maronita esta nueva situación suponía un reto a su posición. Los líderes de las Falanges Libanesas (Kataeb) y de su milicia, las Fuerzas Libanesas, cuyo programa político exaltaba el pasado fenicio y la confesión cristiana como rasgos diferenciadores del resto de comunidades (árabo-musulmanas), reaccionaron políticamente afirmando el mantenimiento de la hegemonía maronita en un país cuyas características demográficas habían evolucionado en perjuicio de su posición de poder y les amenazaba, en el futuro, con convertirles en una minoría.

En segundo lugar, las políticas de modernización aplicadas durante los años sesenta (migración del campo a la ciudad en los años de bonanza económica³ y aumento de la escolarización) generaron, particularmente entre la población shíí, la emergencia de nuevos patricios y profesionales liberales, por una parte y, por otra, grupos de *proletariado* urbano, en ambos casos desligados de los líderes tradicionales de su comunidad. Estos sectores, apartados de la vida política y que no participaban del reparto de poder sectario, empezaron, sobretudo a raíz de la crisis económica de principios de los años setenta, a organizarse y a reivindicar una posición de poder que les correspondía por demografía. Esta movilización política de los shííes se definió en los primeros momentos como interconfesional e incluso buscó una alianza con la izquierda musulmana libanesa; más tarde, cuando a principios de los años ochenta se agudizaran las contradicciones en Líbano, inmerso en una cruenta guerra civil, esa movilización política se dividió en varios grupos, algunos de los cuales se identificarían únicamente con su comunidad, incorporando como argumento central de sus programas políticos el discurso religioso⁴.

En tercer lugar, la presencia de una numerosa comunidad palestina en Líbano colaboró decisivamente en la agudización de las tensiones por dos razones. Por una parte, la población palestina era un grupo ajeno a las comunidades que habían *pactado* el Estado libanés, pero su importancia demográfica —entre 200 y 400 mil en 1975— y sus duras condiciones de vida —malviviendo en campos de refugiados en las afueras de las principales ciudades libanesas—, provocaron que comenzara a reivindicar una posición de poder acorde con su existencia como otra comunidad añadida a las del país, lo cual implicaba el rechazo del statu quo político. En este sentido, la comunidad maronita mostró signos evidentes de hostilidad hacia los palestinos, pues éstos representaban una amenaza adicional para el *pacto* libanés. Por otra parte, la utilización del territorio libanés como base de operaciones armadas contra Israel por parte de diferentes milicias palestinas, incrementada a partir de la Guerra de Octubre, en 1973, convirtió a Líbano en una parte más del conflicto árabe-palestino-israelí. Los grupos armados palestinos habían visto legitimadas sus acciones en los Acuerdos de El Cairo, firmados en 1969, y no cabe duda que los mismos, rubricados por Egipto, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP)

y las Fuerzas Armadas Libanesas, significaban una clara apuesta por parte de los países árabes a favor del mantenimiento de la opción armada contra Israel desde el territorio libanés. A cambio, sin embargo, se aseguró la futura inestabilidad en Líbano. En efecto, las numerosas operaciones de represalia efectuadas por Israel contra algunas ciudades libanesas, especialmente en el sur del país, provocaron que la comunidad shií (que, habiéndose en el sur, se convertía en *blanco civil* israelí) generara sentimientos de animosidad contra Israel y, en menor medida, contra los palestinos.

La radicalización de las diferentes comunidades libanesas cobró la forma de dos grandes coaliciones enfrentadas: el Frente Libanés⁵, con el partido Kataeb y su milicia como eje central, por la defensa del statu quo; y el Movimiento Nacional⁶, revisionista, muy heterogénea, que encontró en Kamal Jumblatt, el jefe comunal druso, el elemento aglutinador. La crisis que precipitó la guerra civil se produjo en la primavera de 1975 y las autoridades libanesas se manifestaron incapaces de frenar su agudización. Dos factores hubieran podido contribuir a evitar la guerra. Primero, una jefatura del Estado fuerte y capaz de construir consensos políticos, especialmente con el primer ministro sunní; pero el presidente maronita Frangieh era un líder contestado incluso por amplios sectores cristianos. Segundo, una actuación decidida de las Fuerzas Armadas, institución de gran prestigio en el país desde la primera guerra civil de 1958; pero la titubeante política de Frangieh quebró la neutralidad del ejército y sembró el germen de la desunión en el seno de las Fuerzas Armadas: reflejo de lo que estaba sucediendo en el país, también éstas se dividieron en el transcurso de la guerra civil siguiendo líneas sectarias y contribuyendo a la milicianización del país y a la aparición del fantasma de partición del mismo entre cristianos y musulmanes.

LÍBANO: GUERRA CIVIL Y CONFLICTO REGIONAL

No hay que olvidar, sin embargo, que la guerra civil en Líbano es producto, en igual medida, del conflicto árabe-palestino-israelí y, fundamentalmente, de la relación entre Siria e Israel, países que iniciaron su todavía perenne intervención militar en Líbano al poco de iniciarse la guerra de 1975.

El primer país que intervino militarmente fue Siria, en 1976, como consecuencia de percibir que los acontecimientos regionales podían afectar sus intereses en la zona. Tras la guerra de octubre de 1973, los dirigentes sirios optaron por mantener una postura de no negociación con Israel a menos que se aceptara el retorno al statu quo anterior a 1967, lo que implicaba la devolución de todos los territorios ocupados, al tiempo que todavía aspiraban a llegar, mediante esa postura de fuerza, a un *arreglo* político con Israel.

Lo reseñado puede parecer contradictorio, pero no lo es. Tras el alto el fuego que puso fin a la Guerra de Octubre, tanto Egipto como Siria iniciaron negociaciones por separado con Israel, con la mediación de Estados Unidos, para llegar a acuerdos de separación de fuerzas en el Sinaí y en los Altos del Golán. Dichos Acuerdos se firmaron, respectivamente, en enero y mayo de 1974 y constituían, a priori, el eje alrededor del cual vertebrar un acuerdo general de paz para la región. Sin embargo, la negociación prosiguió tan sólo en uno de los frentes, el egipcio, con un segundo acuerdo firmado en noviembre de 1975 que abrió la puerta a las negociaciones de Camp David. No debe extrañar, por tanto, que a principios de 1976 Siria aún aspirara a firmar un segundo acuerdo con Israel, eventualidad que no se produjo, entre otras razones, por el desinterés estadounidense en proseguir las negociaciones.

En ese contexto, y teniendo en cuenta el alejamiento egipcio de la causa común árabe, Siria aspiraba a emerger como un actor regional poderoso, el principal antagonista de Israel, que ejerciera el control, directo o indirecto, de los pequeños Estados (Líbano) o subestados (los palestinos) de la zona para alcanzar una posición hegemónica en la región tanto en relación con el mundo árabe cuanto con Israel. En este sentido, el estallido de la guerra civil en Líbano era percibido por Siria como una posible alteración de sus aspiraciones en la región, ya que lo último que sus dirigentes deseaban era un Líbano desestabilizado por la lucha intercomunitaria y unas milicias palestinas que actuaran libremente en el sur del país, con el subsiguiente riesgo de provocar una reacción israelí que eliminara la *zona-tapón* libanesa que separaba Siria de Israel. En efecto, la situación de Líbano implicaba la existencia de dos *guerras* simultáneas: la civil libanesa y la lucha armada de los palestinos contra Israel. Desde esa perspectiva se ha de entender la masiva intervención militar siria en la primavera de 1976, legitimada por la Liga Árabe, en apoyo de los maronitas, el grupo que Siria identificaba, entonces, como garante de la pervivencia de Líbano. El detonante fue el rechazo del Movimiento Nacional a la propuesta de Documento Constitucional, realizada en febrero de ese mismo año, que proponía una representación paritaria en el Parlamento y recortaba los poderes presidenciales, pero no alteraba la distribución sectaria. Sin embargo, no se ha de entender la postura siria como un compromiso permanente con una de las facciones en la guerra libanesa. De hecho, tras el Acuerdo de Shturah de 1977, patrocinado por Siria y aceptado por el Gobierno libanés y por la OLP, finalizó su apoyo a los maronitas en beneficio de los grupos que integraban el Movimiento Nacional.

Ante el creciente papel de Siria en Líbano, no obstante, Israel señaló que había límites que no debían sobrepasarse. Esos límites, y la *negociación* que condujo a los mismos, en abril de 1976, son conocidos como el *acuerdo de líneas rojas* en Líbano⁷ que determinaba los *casus belli* y fue diseñándose mediante declaraciones públicas, movimientos en el campo militar y utilizando los canales diplomáticos de Estados Unidos. Este mecanismo de líneas rojas fue generalmente aceptado por ambas partes hasta 1981.

Siria era militarmente inferior a Israel, quien, pese a su poderío militar, no deseaba arriesgarse a una escalada militar en Líbano que pudiera expandirse hacia el Golán, donde se podía iniciar una larga y costosa guerra de desgaste.

La mejor prueba de esta aceptación la constituye la tímida reacción siria a la limitada invasión israelí del sur de Líbano en 1978. La acción de Israel respondía a dos intereses: por una parte, frenar los ataques palestinos mediante el control directo de una porción en el sur del territorio libanés; por otra, mostrar su apoyo militar y político a una de las facciones cristianas, el Ejército del Sur de Líbano, dirigida por el comandante Haddad, ex miembro de las Fuerzas Armadas Libanesas. Una parte de la zona invadida, de una anchura de unos 10 kilómetros, constituiría a partir de entonces (y con algunas modificaciones) el llamado *cinturón de seguridad* israelí en Líbano.

Sin embargo, los ataques palestinos contra el norte de Israel prosiguieron y se incrementaron entre 1979 y 1981, al tiempo que se hacía evidente la dificultad en mantener los límites fijados en el acuerdo de las líneas rojas⁸. En la percepción de los dirigentes israelíes –ahora del grupo Likud– se hacía necesaria la eliminación de las actividades guerrilleras desde Líbano. Es más, Israel mostró una actitud cada vez más intransigente respecto al control sirio de Líbano y sus intenciones en la región, habida cuenta del constante incremento de sus capacidades militares. El efecto más significativo de esta nueva postura israelí fue la Ley del Golán, aprobada por el Parlamento israelí en diciembre de 1981⁹, que implicó la anexión del territorio sirio ocupado por Israel en 1967. En consecuencia, la nueva política del Likud mostraba la determinación a actuar con dureza contra los mayores impedimentos para hallar una salida al conflicto árabe-palestino-israelí que asegurara una posición hegemónica a Israel en la región: si se realizaba una acción militar de envergadura en Líbano y se conseguía derrotar a Siria y a la OLP, Israel podría acomodarse en el poder sin demasiados problemas a los sectores más anti-palestinos y anti-sirios –sus nuevos aliados de las Fuerzas Libanesas, maronitas– y éste renacido Líbano, junto con Egipto, podía ayudar a construir un nuevo equilibrio de poder en la región más favorable a Israel.

Esta concepción está en la génesis de la masiva invasión israelí de Líbano en junio de 1982. La aplastante superioridad militar israelí barrió literalmente a sirios y palestinos, expulsándolos hacia el norte y el este del país. Sin embargo, la situación comenzó a complicarse cuando se inició la lucha por el control de la capital, Beirut, una operación que probó ser demasiado costosa para los israelíes.

De hecho, lo encarnizado de los combates en Beirut y las críticas internacionales a una situación que amenazaba con eliminar físicamente a los palestinos de Líbano y provocar una nueva guerra generalizada entre árabes e israelíes, condujeron a otra fase, que se caracterizó por el enmarañamiento del problema libanés. Estados Unidos, mediador tradicional entre Siria e Israel, decidió asumir un papel más activo en una posible solución de los aspectos regionales de la guerra libanesa, personificados en la presencia

palestina en Líbano. No podía asistir impasible a una masacre de palestinos, pero la desaparición política y militar del principal grupo, la OLP, del territorio libanés podía facilitar una cierta relajación de las tensiones sirio-israelíes y colaborar activamente en el éxito del proyecto estadounidense de solución al conflicto árabe-palestino-israelí, siguiendo el esquema de Camp David. Así, Estados Unidos elaboró un plan de evacuación de las milicias de la OLP de Beirut que fue, tras múltiples resistencias, aceptado por todas las partes¹⁰.

A partir de este momento, los acontecimientos se precipitaron. El plan de evacuación debía ser supervisado por una Fuerza Multinacional, compuesta por efectivos estadounidenses, franceses e italianos, encargada a la vez de vigilar la retirada israelí de Beirut. El precipitado repliegue de esa Fuerza Multinacional antes de cumplimentarse la segunda fase del plan provocó, muy directamente, que los civiles palestinos asentados en las afueras de Beirut quedaran indefensos –sin sus milicias y sin protección internacional– ante las tropas israelíes y las milicias cristianas libanesas. Las dramáticas consecuencias de esa decisión se evidenciaron en las matanzas de palestinos realizadas en los campos de refugiados de Sabra y Shatila, ejecutadas por las Fuerzas Libanesas con la complicidad de los mandos israelíes¹¹. De hecho, mientras se procedía a la evacuación de las milicias palestinas, Israel había aprovechado su dominio militar para forzar una salida política a la guerra libanesa que fuera favorable a su diseño estratégico. Bashir Gemayel, líder de las Fuerzas Libanesas, fue nombrado presidente libanés en sustitución de Sarkis (que, a su vez, fue elegido gracias a los sirios en 1976). El 14 de septiembre, nueve días después de tomar posesión de su cargo, Gemayel fue asesinado. Apenas tres días más tarde y como represalia, las fuerzas israelíes no sólo no se retiraron de Beirut, sino que ocuparon la zona occidental (el sector musulmán), permitiendo que las Fuerzas Libanesas penetraran en los campos de refugiados.

Otro error siguió al precedente. En un intento de controlar la situación, la Fuerza Multinacional se redespiegó en Líbano, con el objetivo de colaborar en la restauración de la autoridad del Estado, evitar los enfrentamientos entre las diferentes milicias libanesas y favorecer la retirada israelí. Sin embargo, su actuación la convertiría en una de las partes en lucha en la guerra y complicaría adicionalmente la situación, ya que tanto la nueva presidencia libanesa (Amin Gemayel, hermano del presidente asesinado) como el Gobierno no eran fruto de un nuevo consenso político sino producto de la hegemonía israelí en Líbano, que protegía a sus aliados maronitas.

En efecto, Israel prosiguió con su diseño estratégico con el apoyo de las tropas multinacionales. En diciembre de 1982, los Gobiernos de Israel y Líbano, con la bendición de Estados Unidos, iniciaron conversaciones para la conclusión de un acuerdo de paz entre los dos países. Pero esta iniciativa generó la frontal oposición de Siria y de los grupos de oposición a Gemayel, integrados en el Frente de Salvación Nacional¹². Es más, los grupos shíes empezaron a actuar militarmente en varias zonas del país: en

la primavera de 1983, coincidiendo con las etapas finales de la negociación entre Israel y el presidente Gemayel, empezaron los ataques ocasionales de las milicias musulmanas shiíes en Beirut contra la Fuerza Multinacional y las tropas israelíes; paralelamente, la lucha entre las Fuerzas Libanesas y las milicias drusas en la región del Shuf, puso en evidencia el empeoramiento de la lucha intercomunal y el rechazo tanto a la presencia israelí como estadounidense y francesa en el país.

Así las cosas, el Gobierno israelí empezó a constatar las dificultades inherentes a su intento de controlar los acontecimientos en Líbano: por una parte, sus fuerzas militares estaban atrapadas en medio de la lucha intercomunitaria y eran objetivo militar de las milicias musulmanas; por otra, aumentaba la contestación interna israelí a la presencia militar en Líbano. Para desbloquear la situación, las autoridades israelíes anunciaron en el verano de 1983 la retirada parcial de sus tropas hasta el río Awali, en un intento de alejarse de Beirut y del Shuf, si bien el plan de repliegue militar no se cumplió total y rápidamente debido, entre otras razones, a la implicación militar israelí en la lucha.

Al tiempo, mientras continuaba la escalada de sirios, drusos y shiíes contra la Fuerza Multinacional, la lucha intercomunal continuó exacerbándose: estallido de hostilidades entre diferentes facciones palestinas en Trípoli, en el otoño de 1983, que concluyó con la retirada de los milicianos de la OLP en diciembre del mismo año, y lucha entre milicias shiíes y maronitas en Beirut occidental, que se saldó con la victoria militar shií en febrero de 1984. Es en ese momento cuando la Fuerza Multinacional decide abandonar Líbano, en un momento en que se abría el camino hacia una nueva fase en el conflicto libanés.

SIRIA COMO ÁRBITRO DE LÍBANO

La intervención militar israelí en la lucha entre sirios, drusos y maronitas en el Shuf provocó el definitivo empantanamiento de sus tropas y generó la pérdida de credibilidad israelí ante su principal aliado en Líbano, la comunidad maronita. En definitiva, Israel demostró ser incapaz de rediseñar la política libanesa a pesar de su superioridad militar. A finales de 1983, la lucha intercomunal provocó que todas las facciones libanesas, incluyendo a los maronitas, volvieran a dirigirse a Siria como árbitro equilibrador. Israel seguía ocupando parcialmente el país, pero ya no era la fuerza hegemónica.

La decantación del poder a favor de Siria al año y medio de iniciarse la invasión israelí le permitió reducir el aislamiento regional en que se hallaba inmersa desde 1974, impedir un segundo tratado de paz entre Israel y un país árabe¹³, y alzarse como árbitro de Líbano, posición que se vio reforzada tras la decisión israelí de retirarse del país

en 1985 (a excepción del cinturón de seguridad en el sur)¹⁴. El presidente libanés Gemayel, forzado por los acontecimientos, hubo de aceptar la hegemonía siria y la formación de un gabinete que integraba a distintas facciones libanesas. Las bases para el nuevo Gobierno fueron acordadas en la Segunda Conferencia de Reconciliación Nacional Libanesa, celebrada en Lausana en marzo de 1984. Dicho Gobierno integraba a R. Karami como primer ministro y otorgaba responsabilidades a C. Chamoun y P. Gemayel –cristiano-maronitas–, a W. Jumblatt –druso– y a N. Berri –shií–. No obstante, no hubo avances en lo que respecta a la redistribución de poder y al restablecimiento de la autoridad estatal en todo el territorio libanés, debido en buena medida al nivel de milicianización que se había alcanzado y a la existencia de intereses irreconciliables entre buena parte de la comunidad shií, agrupada en torno a Hezbollah, y el resto de grupos.

Sin embargo, la hegemonía siria no significaba su control absoluto sobre Líbano ni la capacidad de imponer un acuerdo político entre todas las partes. La autoridad estatal, siguiendo el reparto tradicional de poder, seguía existiendo formalmente; pero Líbano era realmente un país fracturado en múltiples facciones armadas dotadas de una cierta *legitimidad revolucionaria* ajena a las familias políticas tradicionales. Esta circunstancia prolongaría la guerra civil durante algunos años más, con enfrentamientos periódicos entre las milicias musulmanas y cristianas, entre las milicias sunníes y las shiíes y entre los dos principales grupos shiíes, Amal y Hezbollah. A este casi *estado de naturaleza* hay que añadir la lucha entre Amal y las milicias palestinas, que habían regresado parcialmente a Líbano a partir de 1985, en la conocida como “guerra de los campos”, y que no finalizaría hasta 1987, de forma paralela a la reconciliación entre diferentes grupos integrados en la OLP. Igualmente se mantendrían los secuestros y tomas de rehenes por parte de las milicias musulmanas más radicales, práctica iniciada a partir de la intervención multinacional en 1982. De hecho, podríamos decir que Siria no dominaba absolutamente el país pero era suficientemente hábil como para practicar una política de alianzas cambiantes y puntuales con diferentes facciones libanesas que, a la larga, propiciaba el debilitamiento de aquellas.

No obstante, esa hegemonía en Líbano no había significado para Siria una mejora en su posición regional e internacional. De hecho, la expulsión de Egipto de la Liga Árabe a mediados de los años setenta y la gran desarticulación política regional en Oriente Medio durante los años ochenta no habían arrojado beneficios significativos para Siria. Tampoco, pese a su enorme esfuerzo presupuestario, había podido alcanzar la paridad estratégica (en el terreno militar) con Israel ni mejorar su posición ante Estados Unidos.

El estallido de la guerra entre Irán e Irak en 1980 había complicado adicionalmente la situación para Siria. Enemigo tradicional de Irak, al inicio de la guerra Siria había aceptado un cierto entendimiento con Irán cuando menos en dos temas: primero, en obstaculizar la exportación del petróleo iraquí, cerrando los oleoductos que cruzaban su territorio; segundo, en permitir el apoyo iraní a la milicia de Hezbollah en

Líbano, aceptando la entrada de dos mil guardias revolucionarios iraníes en territorio libanés en 1982 (pese a la guerra con Irán, Irak también permitió el paso por su territorio de esta fuerza de apoyo a la *lucha contra Israel*).

Sin embargo, ambas opciones no estaban exentas de riesgos. Siria se exponía a distanciarse de los países árabes económicamente más poderosos (Arabia Saudí y los emiratos del Golfo), cada vez más enfrentados a Irán; también se arriesgaba a que el mantenimiento de una opción armada desde Líbano contra Israel dependiera de fidelidades poco controlables. A medida que la guerra Irán-Irak se regionalizó y empezó a afectar a los países del Golfo, la presión árabe hacia Siria se incrementó. El punto culminante se produjo en el verano de 1987, cuando tuvieron lugar la escalada militar iraní en el Golfo, afectando los intereses kuwaitíes, y los incidentes de La Meca, de los cuales se responsabilizó a Irán. En la cumbre de la Liga Árabe en Túnez, en agosto de ese año, Siria se vería forzada a aceptar una condena parcial de Irán y la reapertura de los oleoductos iraquíes, a cambio de importantes contraprestaciones económicas saudíes. La postura siria no debe sorprender, ya que en el contexto regional, y en vistas a una posible reintegración de Egipto a la Liga Árabe, una actitud de fuerza hubiera aumentado su relativo aislamiento político. La decisión siria cobraba otras dimensiones en el contexto libanés: en un momento de enfrentamiento armado entre las milicias de Hezbollah y sus tropas, los dirigentes sirios *señalizaron* a Irán que no deseaban un margen de autonomía tan amplio para las milicias shiíes patrocinadas por aquel país.

En otoño de 1987, pues, Siria, contando con el apoyo árabe, podía prepararse para reorientar su política en Líbano. El argumento fue aportado por la nueva crisis que se desarrollaría en el país a partir de junio de 1988, momento en que se iniciaba el período para designar nuevo presidente en sustitución de Amin Gemayel. Siria entendió que se hallaba en la coyuntura apropiada para colocar en la presidencia libanesa a un cliente fiel. No obstante, pese a su hegemonía, los candidatos propuestos por Siria, avalados incluso por Estados Unidos, no alcanzaron el quorum necesario en el mermado Parlamento libanés, ya que los diferentes grupos, incapaces de hallar un nombre de consenso, practicaban una política de obstruccionismo (no comparecían a las votaciones), al tiempo que mantenían la presión militar por vía de sus diferentes milicias. Ante esta situación, a finales de septiembre, Amin Gemayel confió el mando del país a un gabinete militar provisional encabezado por Michel Aoun, comandante en jefe del ejército, cristiano maronita y firme opositor a la presencia militar siria en el país.

De esta forma, a la crisis política se le unió una grave crisis institucional. El primer ministro Selim el-Hoss no reconoció el Gobierno de Aoun, con lo cual se crearon de facto dos Gobiernos paralelos y contrapuestos: Beirut este y Beirut oeste; el primero, al mando de Aoun, cristiano maronita, que defendía la retirada de las tropas sirias; el segundo, musulmán, que reivindicaba reformas institucionales y consideraba ilegítimo al anterior. En un intento de desbloquear la situación antes de que produjera una

escalada aún más virulenta, ambos Gobiernos decidieron apelar a la Liga Árabe, la cual nombró en enero de 1989 un comité tripartito de buenos oficios para mediar en la crisis libanesa, formado por Marruecos, Arabia Saudí y Argelia.

El Comité Tripartito de la Liga Árabe redactó finalmente una propuesta de documento que es conocido como Acuerdo de Taif (Arabia Saudí) y que fue sancionada por la cumbre de la Liga Árabe de Casablanca en junio de 1989. Fue aprobado por los casi vitalicios diputados libaneses (la última elección se había celebrado en 1972), por 58 votos de los 62 posibles, en votación a mano alzada, y firmado el 24 de octubre de 1989¹⁵. Muy bien recibido en el ámbito internacional (cuando menos por Estados Unidos, Francia y la Unión Soviética), el acuerdo constaba de cuatro partes: las reformas institucionales, la extensión de la soberanía del estado libanés a todo el territorio, la liberación de Líbano de la ocupación israelí y las relaciones sirio-libanesas.

En lo que respecta a las reformas institucionales, los principales puntos del acuerdo estipulaban la representación paritaria en el Parlamento, es decir, igual número de escaños para cristianos y musulmanes, la pérdida de algunos poderes presidenciales –como el poder efectivo sobre las fuerzas armadas–, la elección de un nuevo presidente y la formación de un nuevo Gobierno, cuyos poderes se verían reforzados. Sin embargo, el reparto de poder siguiendo líneas confesionales según el modelo de 1943 permaneció inalterado. Mientras que el consenso entre los grupos políticos –incluyendo al general Aoun– hubiera sido posible en esta parte del documento, otras de sus partes –la extensión de la soberanía del Estado a todo el territorio y las relaciones sirio-libanesas– provocarían el rechazo explícito de Aoun. En efecto, el Acuerdo de Taif legitimaba la presencia militar siria en el país, ya que explicitaba que las tropas de aquel país colaborarían con las fuerzas armadas libanesas en afirmar la autoridad estatal en un máximo de dos años. En lo que se refiere a las relaciones con Siria, el acuerdo preveía un repliegue y no una retirada de las tropas. La reacción de Aoun fue fulminante: la disolución del Parlamento, el rechazo a la elección de R. Moawad como presidente –y a la de su sucesor, E. Hrawi, cuando Moawad fue asesinado al cabo de pocas semanas– y a la de Selim el-Hoss como primer ministro.

Así las cosas, a finales de 1989, Líbano seguía siendo un país con múltiples polos de poder (las milicias armadas) y con dos Gobiernos. Sin embargo, la presidencia y el Gobierno resultantes del Acuerdo de Taif, legitimadas interior e internacionalmente, no se atrevieron a intervenir militarmente contra Aoun: los nuevos dirigentes libaneses hubieran necesitado un monopolio de la violencia del que no disponían, ya que el general Aoun controlaba a un sector importante de las fuerzas armadas; ante esa eventualidad, las autoridades sólo disponían de dos opciones: una solución militar consensuada entre las milicias más poderosas o una solución militar *a la siria*. Ninguna era factible. Por una parte, las Fuerzas Libanesas se negaron a actuar contra Aoun; por otra, la comunidad internacional ya había manifestado su rechazo a una eventual solución militar impuesta por Siria.

SIRIA COMO TUTOR DE LÍBANO

Dos dinámicas paralelas, desarrolladas en 1990, *resolvieron* esta situación. La primera fue interna y la segunda regional. El proceso interno a que nos referimos tiene su génesis en el enfrentamiento intercristiano. En febrero de 1990, Aoun, comportándose como el único jefe del campo maronita, decidió disolver las Fuerzas Libanesas, la milicia del Kataeb. A partir de ese momento, se inició una guerra entre los partidarios de Aoun y el exiguo ejército libanés (“guerra de liberación”), apoyados por Irak, sin duda un *extraño* aliado, y una amalgama de grupos aglutinados en torno al nuevo Gobierno, que contaba con el apoyo decidido de la milicia más poderosa –las Fuerzas Libanesas– y un indisimulado soporte militar sirio (“guerra de eliminación” de Aoun).

En septiembre de 1990, el segundo proceso, el regional, confirmó la alteración de los equilibrios de fuerzas en Líbano: nos referimos a la invasión iraquí de Kuwait y el entramado regional de alianzas que condujo a la segunda guerra del Golfo en 1991. Los dirigentes sirios optaron por formar parte de la coalición internacional contra Irak, pero hemos de hacer notar, no obstante, que esa postura fue coherente con la política desarrollada por Siria hacia Irak desde mediados de la década de los sesenta. La pseudo-reconciliación sirio-iraquí entre 1987 y 1990 debiera entenderse sólo como una actitud coyuntural, forzada por la voluntad de los Estados árabes poderosos. Por tanto, no debió resultar excesivamente traumático decidir una postura contraria a Irak, junto con el resto de los Gobiernos árabes, ahora que éstos habían reorientado sus políticas y consideraban a Irak un enemigo. Sin embargo, hacía falta una justificación de mayor envergadura moral y política para explicar que Siria se uniera a un bloque en el que no sólo estaban representados los países árabes, sino también Estados Unidos e Israel. Assad manifestó a su opinión pública que había que prevenir que un “hermano atacara a otro hermano”; que la acción de Saddam Husein representaba un golpe para la unidad árabe y para la solidaridad con los palestinos y que la invasión de Kuwait sería utilizada por Israel para fortalecerse militarmente. En el fondo, unirse a la coalición internacional podía representar para Siria debilitar durante mucho tiempo a Irak, un país que amenazaba sus ambiciones de hegemonía en Oriente Medio, recuperar su influencia respecto a la OLP, arrancar de Estados Unidos un compromiso global en el conflicto arabe-palestino-israelí sin necesidad de realizar demasiadas concesiones y afirmar su autoridad sobre Líbano.

Por tanto, no puede extrañarnos que fuera precisamente en octubre de 1990, apenas formada la coalición internacional contra Irak, cuando el Gobierno libanés decidiera pedir formalmente ayuda a las tropas sirias para derrotar al general Aoun en la región de Metn. La actuación siria parece haber contado con el consentimiento implícito de Estados Unidos y de Israel (cuando menos para que Siria pudiera traspasar las *líneas rojas* mediante el uso de su aviación). De hecho, la propia fuerza aérea israelí

supervisó la operación, con el doble propósito de testificar el fin de Aoun y de vigilar las operaciones sirias. De esta forma, Aoun, derrotado militarmente, sería también eliminado políticamente de Líbano. Conseguiría salvar su vida tras pedir asilo a Francia.

A partir de la nueva situación, pues, Siria se halló en posición de decidir el futuro de Líbano. La actividad del Gobierno (emanado del acuerdo de Taif) se centró, en una primera fase, en la retirada de las milicias que operaban en Beirut y en la reconstrucción y restablecimiento de los servicios públicos. Una segunda fase se inició en enero de 1991, cuando el Gobierno concedió un mes de tiempo para que todas las milicias entregaran sus armas a las autoridades. Este tema planteó graves problemas de aplicación pues ni las milicias palestinas ni Hezbollah estaban a favor de desarmarse. La primera disputa, con los palestinos, se resolvió militarmente, en abril del mismo año, a cambio del reconocimiento de los derechos políticos y sociales de la comunidad palestina en Líbano. La segunda disputa no se resolvería, entre otras razones, debido a la falta de voluntad siria para eliminar una de las pocas cartas utilizables en las eventuales negociaciones de paz con Israel: la presión militar que podía ejercer Hezbollah desde el sur de Líbano. El último paso sirio fue legitimar su presencia militar mediante un acuerdo, el *Tratado de fraternidad, cooperación y coordinación*, firmado por los dos países en mayo de 1991, apoyado por Estados Unidos, y seguido de un acuerdo de defensa y seguridad en septiembre de 1991.

LAS NEGOCIACIONES DE PAZ SIRIO-ISRAELÍES Y LA BAZA LIBANESA

En consecuencia, dos meses antes de iniciarse el proceso de paz en Oriente Medio en la Conferencia de Madrid (noviembre de 1991), Siria había conseguido el control efectivo de Líbano, aceptado tanto por la comunidad árabe como por las grandes potencias, y disponía de una carta importante –el mantenimiento de la presión militar sobre Israel– en las posibles futuras negociaciones.

Estas bazas eran las únicas de que disponía Siria. Efectivamente, pese a su participación del lado de la coalición internacional en la Guerra del Golfo, Siria no había conseguido superar tres desventajas importantes en el contexto del conflicto árabe-palestino-israelí: en primer lugar, seguía siendo militarmente inferior a Israel; en segundo lugar, mantenía una limitada relación con Irán que le perjudicaba vis a vis Estados Unidos. Y en tercer lugar, la desarticulación árabe, la reemergencia de Egipto como potencia regional y la aceptación estadounidense de la OLP como interlocutor habían

facilitado la emergencia de muchos protagonistas en las posibles negociaciones de paz, con lo que el ensueño sirio de abanderar un frente árabe –incluyendo a Jordania, los palestinos y Líbano– se había disipado. Por ello, pese a su postura tradicional de aproximarse al tema de la negociación con Israel por vía de una conferencia internacional bajo los auspicios del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y con un solo bloque árabe de negociación con Israel, Siria aceptó una conferencia regional, patrocinada por Estados Unidos (y formalmente por la Unión Soviética) que condujera a negociaciones directas y bilaterales entre Israel y todas las partes árabes y con el objetivo de conseguir la devolución israelí de todos los territorios ocupados en la guerra de 1967.

La actitud favorable de Siria a la propuesta estadounidense provocó una posición paralela por parte israelí. De hecho, Israel, con un Gobierno Likud, mantuvo en un principio una gran ambivalencia respecto a la iniciativa de Conferencia de Paz y serias reticencias con referencia a una posible negociación sobre el Golán. El primer ministro Shamir parecía estar convencido de que Siria nunca aceptaría iniciar negociaciones directas; pero tampoco pudo exponerse, una vez dada la luz verde siria, a aparecer como el culpable de desaprovechar una ocasión histórica.

Iniciadas por el Likud, la responsabilidad política en las negociaciones muy pronto recayó en el Partido Laborista israelí, victorioso en las elecciones de junio de 1992. Sin embargo, ello no iba a significar adelantos significativos en el frente de negociación sirio-israelí y en sus vinculaciones con Líbano. De hecho, el nuevo primer ministro, Y. Rabin, ya había señalado, en la primavera de 1992, que, en caso de ganar las elecciones, su prioridad sería la aplicación de una autonomía palestina y postergaría el tema del Golán para las últimas fases de la negociación¹⁶. Todo ello sin precisar claramente si el Gobierno israelí aceptaba la idea de retirarse totalmente de los Altos del Golán, si bien, bajo la mediación de Estados Unidos y de Egipto, Israel dió a entender que la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas de 1967 sería la base para las negociaciones con Siria.

La ambigüedad israelí iría despejándose poco a poco cuando, en abril de 1993, Rabin manifestó la disposición a retirarse del Golán (muy distinto a una retirada en el Golán). Sin embargo, al margen de las declaraciones públicas, la ausencia de avances en la mesa de negociación, posibilitó que Siria e Israel retomaran su particularísimo diálogo político tomando como base el territorio libanés. En efecto, las actividades de Hezbollah empezaron a incrementarse a inicios de 1993. Como represalia, en la primavera de ese año, Israel decidió iniciar bombardeos contra el sur libanés con el propósito de provocar una reacción de Siria y del propio Gobierno libanés para controlar las actividades de Hezbollah. Sin embargo, no sólo no remitieron los ataques contra Israel, sino que se incrementaron a partir de julio de ese año, cuando las milicias de Hezbollah y las palestinas del Frente Popular para la Liberación de Palestina-Comando General aumentaron sus ataques contra el norte de Israel y contra objetivos israelíes en

el sur de Líbano. La situación amenazaba con lesionar la dinámica negociadora en otros frentes, así que, bajo los auspicios de Estados Unidos, se alcanzó un *entendimiento* entre Líbano, Siria e Israel: se mantenía la capacidad siria de ejercer presión sobre Israel por medio de Hezbollah, pero las milicias no atacarían con cohetes Katiusha el norte de Israel y, a cambio, las fuerzas israelíes no dispararían contra objetivos civiles en sus acciones contra Hezbollah. Sin embargo, ello no implicaba el cese de las operaciones militares de Hezbollah y de Israel.

Pese a la debilidad intrínseca de este entendimiento, no se realizaron progresos significativos en el frente de negociación sirio-israelí. El Gobierno israelí dió prioridad a las negociaciones secretas con los palestinos, que se plasmaron en el Acuerdo de Oslo de septiembre de 1993, esperando proseguir la negociación en los otros frentes desde una posición de ventaja política comparativa. Prueba de ello es que Israel, a finales de 1993, demandó a Siria el inicio de negociaciones secretas y la no obstrucción del acuerdo con Jordania de septiembre de ese mismo año, paso previo a la firma de un Tratado de Paz.

La respuesta siria fue de rechazo a las peticiones israelíes; paralelamente, se produjo un recrudecimiento de las actividades de Hezbollah. Las conversaciones entre los dos países se suspendieron en febrero de 1994 como resultado de la propia escalada militar en Líbano y de otros dos acontecimientos importantes: la firma del Acuerdo de El Cairo entre Israel y la OLP (9 de febrero) sobre la Autoridad Palestina y los acuerdos de seguridad en Gaza y Jericó y, por otra parte, la masacre de musulmanes en Hebrón a manos de un colono judío (25 de febrero).

Sin embargo, extraoficialmente los contactos entre sirios e israelíes prosiguieron bajo la mediación estadounidense, de forma que el Gobierno laborista preparó en la primavera de 1994 un documento sobre posibles acuerdos de seguridad en el Golán en el marco de una posible paz con Siria. La propuesta fue negociada por el secretario de Estado estadounidense, W. Christopher, a finales de abril y se centraba en los siguientes puntos: la retirada israelí del Golán se realizaría en tres fases en un período de cinco a ocho años, y paralelas a otras tantas fases, del proceso de paz, incluyendo zonas desmilitarizadas y reducción de tropas, así como estaciones de alerta temprana y el despliegue de una fuerza internacional de supervisión. Oficialmente Siria rechazó la propuesta; Assad, sin embargo, podría haber presentado como contrapropuesta un plan basado en los siguientes puntos: rescisión de la Ley del Golán de 1981 y reconocimiento de la soberanía siria, retirada israelí del Golán en un período de dos años y acuerdos de seguridad (desmilitarización y reducción de tropas) simétricos.

Este diálogo probó ser algo más fructífero. A finales de julio de 1994, el Gobierno israelí entregó a Christopher un segundo documento en el que parecía mostrarse favorable a algunas de las condiciones de Assad, especialmente la que hacía referencia a la retirada total del Golán a la línea de alto el fuego de 1967. Paralelamente, Assad insistió en que la retirada debía ser rápida y a la línea anterior al alto el fuego de 1967 (inclu-

yendo, por tanto, el área estratégica de al-Hamma) y que debía incluirse también la retirada israelí del sur de Líbano. En respuesta, el Gobierno israelí, presionado sin duda por sectores de su propia opinión pública contrarios a abandonar el Golán, manifestó que inicialmente la retirada sería muy parcial.

De esta forma, a lo largo de 1995 prosiguieron las negociaciones, pero sin alcanzar ningún acuerdo concreto. Además de la disparidad de criterios respecto al calendario de una eventual retirada israelí, otros dos temas importantes entorpecieron la discusión: la reducción de fuerzas en el Golán y la instalación de estaciones de alerta temprana para vigilar los movimientos de tropas en los dos países. Respecto al primero, Siria demandaba reducciones simétricas. El Gobierno israelí rechazaba la desmilitarización proporcional. Quizá Siria pudiera haber aceptado la lógica de la posición israelí en razón de la “disparidad geográfica” entre los dos países¹⁷, pero, sin embargo Siria rechazó firmemente la petición de estaciones de alerta temprana.

Los acontecimientos internos de Israel dificultaron el progreso en la negociación, cuando éste se hallaba en un momento clave. En noviembre de 1995 el primer ministro Rabin fue asesinado. Ante la creciente contestación interna al proceso de paz¹⁸, su sustituto, S. Peres, optó por la convocatoria anticipada de elecciones, para mayo de 1996, en un intento de comprobar el apoyo público a su política, pero tal vez sacrificando, por razones de política interna, un eventual acuerdo con Siria. De hecho, y pese al renovado interés de Assad por alcanzar un acuerdo, las conversaciones sostenidas entre diciembre de 1995 y febrero de 1996 evidenciaron el estancamiento de la negociación¹⁹.

Quizá como colofón a este relativo fracaso y a las propias acciones de Israel en Líbano (asesinato de un dirigente de Hezbollah en Tiro en el mes de marzo, presumiblemente a manos de un comando especial israelí), se produjo una nueva escalada entre Israel y Hezbollah en la primavera de 1996, en una situación que recordaba a la del verano de 1993, aunque cada vez más virulenta, como lo demuestra el indiscriminado bombardeo israelí que ocasionó la masacre de Qana en abril, provocando decenas de víctimas civiles libanesas. Presionados por estadounidenses y árabes²⁰, Siria e Israel tuvieron que aceptar ciertas limitaciones a sus acciones, cuando menos coyunturalmente: Siria hubo de presionar a Hezbollah respecto a los umbrales de violencia que no debían cruzarse e Israel hubo de asumir que no podía usar la doctrina de retribución escalatoria en Líbano. En mayo, gracias a un entramado negociador creado por Siria, Estados Unidos y Francia que incluyó al Gobierno libanés, a Hezbollah, a Irán y al propio Israel, se aceptó un retorno al Acuerdo sobre los katiushas de 1993 a cambio de que Israel no bombardeara objetivos civiles. Este entendimiento básico entre todas las partes implicadas en el problema libanés facilitó, sin duda, avances en otros temas, como son que Hezbollah expresara su voluntad de abandonar la lucha armada (julio de 1996) y que por primera vez se realizara un intercambio de prisioneros y muertos entre Hezbollah e Israel (agosto de 1996).

La victoria del Likud en mayo de 1996 posiblemente no alterará el entramado de relaciones que hemos ido analizando, ya que hay pocas expectativas de que Israel consiga *aislar* el problema libanés del contexto sirio. Los más importantes grupos políticos libaneses también conocen los riesgos de enfrentarse a Siria y es poco probable que las elecciones legislativas de otoño consoliden en el poder a partidarios de una mayor autonomía para Líbano. Es más, ni desde la política regional ni desde el medio internacional se manifiestan intenciones serias de recordar que Israel debiera retirarse de Líbano (Resolución 425 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en 1978) y que Siria tiene 30 mil soldados desplegados en territorio libanés.

No obstante, el peligroso juego de Israel y Siria en Líbano está expuesto a convertirse en un problema endémico en la medida en que no se alcance un acuerdo de paz entre los dos países. Esta última circunstancia se entrevé difícil, pero no es imposible. Lo paradójico tanto para Israel como para Siria es que la baza libanesa no puede comportar demasiados beneficios en el futuro. Israel nunca será hegemónico en Líbano, aunque mantenga su control sobre el sur del país; Siria no podrá utilizar Líbano más allá de donde ya lo ha hecho en su relación con Israel o para consolidar su posición regional. Si ambos países son conscientes de ello, habrán de hallar una solución constructiva en el marco de las negociaciones de paz. Cuando este hecho se origine, cabe albergar pocas dudas respecto a cómo se produzca la desvinculación entre el Golán sirio y Líbano: la aceptación de la hegemonía siria y el fin del cinturón de seguridad israelí, a cambio del control y desarme de Hezbollah.

Una eventual paz entre Siria e Israel tal vez *cerrará* el tema libanés, pero abrirá otras cajas de Oriente Medio. Por ello, no se debiera concluir este artículo afirmando que un arreglo de paz causaría la pérdida de poder relativo de Siria en la región. Durante el año 1996 se han realizado acuerdos que pueden estar reconfigurando la política en Oriente Medio (acuerdo de cooperación militar entre Turquía e Israel, en febrero; acuerdo de compra-venta de gas turco-iraní, en agosto; leves indicios de acercamiento entre Irán, Turquía y Siria en el problema kurdo). De hecho, la rapidez con que se quiebran las lealtades en Oriente Medio tan sólo permite afirmar que no hay nada escrito cuando se trata de la política en esa región.

Referencias bibliográficas

- Ajami, F. (1986) *The Vanished Imam*. Ithaca: Cornell University Press.
- Barakat, H.(Ed.) (1988) *Toward a viable Lebanon*. Londres: Croom Helm.
- Cobban, H. (1991) *The Superpowers and the Syrian-Israeli conflict. Beyond Crisis Management?*. Nueva York: Praeger.
- Corm, G. (1992) *Liban: les guerres de l'Europe et de l'Orient, 1840-1992*. Paris: Gallimard (2ª ed.).
- Dawisha, A.(1984) "The motives of Syrian involvement in Lebanon", *Middle East Journal*, Vol. 38, 2, primavera, pp. 228-236.
- Entelis, J. P. (1973) "Belief-system and Ideology Formation in the Lebanese Kata'ib Party", *International Journal of Middle East Studies*, 4, abril, pp. 148-162.
- Evron, Y. (1987) *War and intervention in Lebanon: Israeli-Syrian conflict and Superpower rivalry*. Londres: Routledge.
- Gilmour, D. (1984) *The Fractured Country*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Hinnenbush, R. A. (1986) "Syrian Policy in Lebanon and the Palestinians", *Arab Studies Quarterly*, Vol. 8, 1, pp. 20-45.
- Hudson, M. (1968) *The Precarious Republic. Political Modernization in Lebanon*. Nueva York: Random House.
- Khalidi, W. (1979) *Conflict and violence in Lebanon: confrontation in the Middle East*. Cambridge: Center for International Affairs.
- Khalaf, S. (1987) *Lebanon's Predicament*. Nueva York: Columbia University Press.
- Laurent, A. and Basbous, A. (1987) *Guerres secrètes au Liban*. Paris: Gallimard.
- Ma'oz, M. (1995) *Syria and Israel. From war to peace-making*. Oxford: Oxford University Press.
- Norton, A. R. (1987) *AMAL and the Shi'a. Struggle for the Soul of Lebanon*. Austin: University of Texas Press.
- Picadou, N. (1989) *La déchirure libanaise*. Paris: Éditions Complexe.
- Pogany, I. (1987) *The Arab League and Peacekeeping in Lebanon*. Avebury: Aldershot.
- Rabinovich, I. (1985) *The War for Lebanon, 1970-1985*. Ithaca: Cornell University Press.
- Rustow, D. (1984) "Realignments in the Middle East", *Foreign Affairs*, Vol. 63, 2, pp. 581-601.
- Kamal SALIBI (1988) *A House of many mansions. The History of Lebanon reconsidered*. Londres: I.B. Tauris.
- Sánchez Mateos, E. (1991) *Disuasión convencional y conducción de conflictos: el caso de Israel y Siria en Líbano*. Madrid: CESEDEN, Ministerio de Defensa.
- Sarkis, J. (1993) *Histoire de la guerre du Liban*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Schiff, Z. and Yaa'ri, E. (1984) *Israel's Lebanon War*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Yaniv, A. (1987) *Dilemmas of Security: Politics, Strategy and the Israeli Experience in Lebanon*. Nueva York: Oxford University Press.

Notas

1. Véase Zamir, M. (1985) *The Formation of Modern Lebanon*. Ithaca: Cornell University Press, p. 98.
2. Véase Picadou, N. (1989) *La Dechirure Libanaise*. Paris: Editions Complexe, p. 267.
3. Se estima que en 1975 la población total libanesa era de 2.325.000 personas, de las cuales más de un millón habitaban en el área del Gran Beirut. Véase Hussein, S. (1993-94) "La redistribution territoriale des chrétiens au Liban", *Les Cahiers de l'Orient*, 32-33: 146.
4. A partir de la desaparición del líder shií Musa al Sadr en 1978, el grupo político más importante, El Movimiento de los Desheredados, se escindió en diferentes partidos, de los que los más importantes son Amal, Amal Islámica y Hezbollah.
5. Además de las Falanges Libanesas lideradas por Pierre Gemayel y su hijo Bashir, esta coalición integraba al Partido Nacional Liberal de Camille Chamoun, la clientela política de Suleimán Frangieh –presidente libanés– el *establishment* religioso maronita, algunos líderes cristianos de las Fuerzas Armadas y otros pequeños grupos radicales, como los Guardianes del Cedro.
6. El Movimiento Nacional integraba al Partido Socialista Progresista de Jumblatt, al pequeño Partido Comunista, a sectores de la rama libanesa del Partido Baas, a sectores del Partido Nacional Socialista Sirio, a grupos nasseristas, a sectores del *establishment* sunní y shií y al principal grupo palestino, la OLP.
7. Para un análisis exhaustivo de dicho acuerdo no escrito, véase Sánchez Mateos, E. (1991) *Disuasión convencional y conducción de conflictos: el caso de Israel y Siria en Líbano*. Madrid: CESEDEN, Ministerio de Defensa.
8. En 1981 se produjo la "crisis de los misiles" entre Siria e Israel. Las milicias cristianas libanesas habían realizado operaciones militares en el valle de la Beqaa en un intento de cuestionar la hegemonía siria en esa zona, a lo que Siria respondió incorporando misiles aire-tierra y tierra-tierra a sus efectivos militares en Líbano, un tipo de armamento excluido por el acuerdo de líneas rojas con Israel. La reacción israelí a la iniciativa siria derivó en una breve escalada militar entre los dos países.
9. La Ley del Golán fue apoyada no sólo por el Likud, sino también por diputados del Partido Laborista. No obstante, es significativo que de los 11 votos contabilizados en contra de la ley, dos correspondieran a Y. Rabin y a S. Peres. Véase Ma'oz, M. (1995) *Syria and Israel. From War to Peace-making*. Oxford: Oxford University Press, p. 193.
10. Para un análisis del Plan de Estados Unidos y sus implicaciones posteriores, véase Sánchez Mateos, E., "El uso de la fuerza militar como mecanismo disuasorio en el tratamiento de crisis en Oriente Medio: los casos de las intervenciones estadounidenses en Líbano (1982-1984) y en la Guerra Irán-Irak (1986-1988)", Tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona, 1995, Edició microfotogràfica, pp. 254-281.
11. La responsabilidad israelí en las matanzas fue demostrada al año siguiente. La presión ejercida por la propia opinión pública israelí forzó al Gobierno a crear una comisión investigadora. Su informe final, divulgado en febrero de 1983 y conocido como Informe Cahan, estableció la res-

- ponsabilidad del ministro de Defensa Ariel Sharon y del jefe de las Fuerzas Armadas teniente general Eitan en los sucesos mencionados.
- 12.. Creada formalmente bajo la tutela siria en julio de 1983, esta coalición era heredera del Movimiento Nacional de Kamal Jumblatt (asesinado en 1977). Los drusos componían su fuerza más importante, aunque también lo integraban personalidades sunníes, como Karami, algunos grupos maronitas opositores del Kataeb, como el liderado por S. Frangieh, y sectores tradicionales shííes.
 13. El Acuerdo de Paz entre Israel y Líbano había sido firmado por los Gobiernos respectivos el 17 de mayo de 1983, pero nunca fue ratificado por el Parlamento libanés. El presidente Gemayel, principal valedor del mismo ante la clase política libanesa, hubo de convertirse, con el tiempo, en abogado de su abrogación, que finalmente se produjo en marzo de 1984.
 14. El nuevo Gobierno de coalición israelí entre el Likud y el Partido Laborista, formado en septiembre de 1984, decidió en enero del año siguiente retirar las fuerzas militares de Líbano. Las razones de la decisión guardan relación con el enmarañamiento de la situación en Líbano y con los costes económicos, elevadísimos, de la operación militar.
 15. Para un análisis pormenorizado de la génesis e implicaciones del Acuerdo de Taif, véase Sarkis, J. (1993) *Histoire de la guerre du Liban* (Paris: Presses Universitaires de France) pp. 170-214.
 16. Para un análisis pormenorizado de las primeras fases en las negociaciones entre Siria e Israel, véase Ma'oz, M. (1995), Op. cit., pp. 223-252.
 17. Véase Summary of World Broadcastings. BBC Monitoring, Part 4, The Middle East, nº 2347, 5 de julio de 1995, p. 5.
 18. El asesinato de Rabin fue el punto culminante de una oleada de violencia que sacudió a Israel durante 1995. El rechazo de parte de la sociedad israelí y de los sectores palestinos más radicales al proceso de paz o a los contenidos del mismo se plasmó en sangrantes atentados: doble atentado suicida reivindicado por la Yihad Islámica al norte de Tel Aviv, ocasionando 19 muertos (enero); represión israelí en la conmemoración de la masacre de Hebrón (febrero); atentado contra colonos israelíes en Hebrón (marzo); doble atentado suicida reivindicado por la Yihad Islámica en Gaza, con un resultado de nueve muertos (abril); triple asesinato de militantes de Hamás, en Hebrón, por unidades del ejército israelí (abril); asesinato por los servicios secretos israelíes del responsable militar de la Yihad Islámica, en Gaza (junio); atentado fallido, reivindicado por la Yihad Islámica, en Gaza (junio); atentado suicida en Tel-Aviv, ocasionando siete muertos (julio); atentado suicida, reivindicado por Hamás, en Jerusalén este, ocasionando cinco muertos (agosto); asesinato del secretario general de la Yihad Islámica en Malta (octubre); atentado en Gaza, reivindicado por la Yihad Islámica (noviembre).
 19. Para un análisis de estos últimos meses, véase Chipman, J. (1996) "Israël-Syrie-Liban: l'heure de la réconciliation?", *Politique Internationale*, 71: 321-324.
 20. Véase Summary of World Broadcasting. BBC Monitoring, Part 4, The Middle East, nº 2568, 23 de marzo de 1996, p. 4.